

Esta novela se clasificó como finalista en el último premio Ciudad de Barcelona, y ha sido presentada al público por Luis de Caralt, editor.

Es una novela que cae de lleno en el estilo impresionista. Estilo que ha venido a sustituir al tremendismo que le precedió. Modalidad que hemos observado en un buen número de novelas de nuestro tiempo. Como todo el Arte, el arte de novelar ha sufrido modificaciones profundas, que debemos tener en cuenta antes de enjuiciar una obra. El detallismo de un Stendhal, la morosidad de un Proust, la transparencia de un Balzac, la tolstoína exigencia, el super-humanismo de un Morgan, como el rigor descriptivo o analítico de una larga serie de escritores, parecen ya no ser características de nuestro tiempo.

En este estilo que hemos llamado impresionista, la categoría de las acciones de los personajes anda muy escondida, y, en todo caso, el esfuerzo para evidenciarla no corre a cargo del escritor, sino del propio lector. Así, los personajes no pasan de un esbozo. Tampoco se analiza mucho la anécdota; pero sobre los hechos se lanza un chorro potente de luz. Y, naturalmente, del color que elige el artista. También es general el echar en olvido una exposición diáfana de la tesis de la obra y un final acorde con el juicio moral del autor. El antiguo final explícito, rúbrica y conclusión de toda la obra, viene hoy sustituido por un cómodo interrogante, que salva todo pronunciamiento definitivo.

También la técnica ha variado; ha perdido concreción y ha ganado efectismo. Es decir, la novela ha evolucionado a compás del movimiento general del Arte. Y, de una manera absoluta, quizás sea imposible el afirmar si es mejor o peor que antes. Es simplemente distinta.

«La sal viste luto» es una novela moderna. Una buena novela actual. Discurre la acción en un pequeño pueblo desheredado de todo lo que sea templanza. Salinas. Yermo. Campo reseco. Blanco y amargo de sal por doquier. Blanco y amargo que imprime carácter a sus habitantes. Gente que quiere a su tierra, odiándola, que, si acaso un día la dejan, les resultará excesivo el verde fértil de las huertas vecinas, insoportable la suavidad aterciopelada de otros paisajes. Y retornan al blanco-amargo, al que odian, queriéndolo. Nacieron allí, y su corazón se salpicó de sal, de muerte, de flores tronchadas, apenas abiertas. Beben de su propia sed, viven de su insatisfacción, apegados a lo brevísimo, hermanos de lo incierto y de la muerte. Y todo sin remedio, sin evasión posible.

Así es Pablo, el protagonista, prototipo de su tierra. Mata a la mujer que desea, porque sabe que mutuamente no podrán darse más que insatisfacción, sed, tortura... Quiere librarla del maleficio que pesa sobre su tierra, quiere librarla de su propio destino. Y le da muerte sobre la llanura de sal, de noche. «Cuando la blancura de la sal desprendía un poco del mucho sol que durante el día aprisionaba y lo tornaba todo niveo, lechoso, encanecido, como si el color fuera cuestión de tiempo y no de luz.» «Con sal cubre Pablo el cuerpo de Ana. Sal en las manos del hombre, sal en su corazón. Pensamiento amargo. Luego, miedo, insatisfacción. Y de nuevo, sed de su propia sed. Locura lúcida. Pablo camina con su miedo, con su sal, sobre la sal, sobre el miedo... Hasta que la sal viste luto también por la muerte del hombre.

La novela es fatalista. Y tal vez sea esto un pecado para un joven escritor. Pero así había de ser esa historia de un pueblo blanco, amargo, donde las huellas de los pasos quedaban impresas en negro sobre la desconcertante albura de unos caminos de sal.

L. d'Andraitx

La noche del miércoles de la semana pasada y en el Teatro Novedades, la agrupación artística teatral La Romea, que dirige nuestro apreciado amigo Benito Escriba, puso en escena la relevante obra dramática «La Ferida Iluminosa» original del celebrado autor y poeta catalán José M^o. de Sagarra.

Este autor fué siempre uno de los preferidos de La Romea, preferencia que le permitió darnos a conocer en la escena, y a lo largo de su existencia, toda la obra teatral de Sagarra.

Esta vez concurría en esta representación la circunstancia de que una mayoría del público conocía ya este drama por haberlo admirado en la pantalla, y así, muchos asistieron a la velada teatral con el doble propósito de comparar entre cine y teatro y volver a presenciar a nuestro primer elenco local en una obra de tanto relieve como es la que se menciona.

Por todo ello, la empresa no era nada fácil. Los personajes que se iban a representar eran unos personajes cargados de intenso y profundo dramatismo; cegadoramente pasionales; serenamente espirituales. No podía tratarse, pues, de añadir una obra más al historial y quedarnos tan tranquilos.

Pero cuando el norte es claro, cuando se cuenta con una experiencia sólida y añeja, no puede fallar el buen éxito, como así sucedió. Éxito, que no se trasluce por el simple comentario de estas líneas, sino mejor por el unánime aplauso del público asistente y, más todavía, por la incontenible emoción de la sala, ante un tercer acto pletórico de dramatismo, magistralmente interpretado por Jaime Buxó, en el papel del Padre Ernesto Molins S. J., y de N. Masferrer, en el del Doctor Enrique Molins. Buxó quien nos venía sorprendiendo cada vez más agradablemente, ahora nos arrancó una admiración excepcional. Su voz tan clara y tan bien timbrada, de la cual no se pierde ni una sola palabra, sirvió para realzar el personaje eclesiástico que encarnó, sin la más leve discordancia y sí con un ininterrumpido aplomo y prudencia cuales requería su personificación.

Masferrer fué una vez más, el actor que, luego de tomarle el pulso a su personaje, con una veteranía desenfadada le lleva frente a sus oponentes, en unas actuaciones meritorias cual su última del Doctor Molins.

J. Cruañas en el Padre Aguilar S. J., dió también pruebas de encontrarse bien impuesto del hábito personificado. Moderado, comedido, ambientó su papel de forma que nos hace declarar su actuación como la más perfecta, quizá, de todas sus actuaciones.

Otra admiración nos la reservó la señorita Rosa Berga que si bien, esta vez, su paso en escena fué breve, no dejó de ser lo bastante intenso para que su visión siguiera manifestándose en lo sucesivo. ¡Qué sutil perfidia la suya, y cómo la desplegó y cómo nos encantó en este nuevo aspecto!

La señorita D. Miralles cargó esta vez con el papel ingrato. No obstante, en todo momento ella supo situarse o imponerse, haciendo honor, una vez más, a su también probada veteranía.

Y, queriendo ser justos sin ser exigentes, igual que sinceros sin ser aduladores, señalaremos que la caracterización facial de Masferrer quizá no fuera un fiel reflejo de la personalidad representada, o no se adaptara a su figura.

Luego, una hojeada definitiva al vestuario femenino y más si es propio, para asegurarse de que todo está en su lugar y bien fijo, antes de salir en escena, nunca estará de más. La voz del Intruso no llegó perceptible a los espectadores aunque se tratara de las primeras filas.

El diálogo de «La Ferida Iluminosa», no pudo librarse de ciertos vocablos «sagarrianos» que hieren la sensibilidad por su dureza fonética y algún tanto repulsiva. Vocablos que quieren convertirse en el fertilizante que vigorice el florecimiento del campo literario de la obra, pero que muchas veces resultan infructuosos en boca de los personajes que han de soltarlo. Pero, por lo visto, es un sello especial al que no quiere renunciar su autor.

C. Isern Llorens.